

en la zoología de los mamíferos, materia a la que consagrábamos las tardes libres. A Sitnorb lo atropellaron mientras cruzaba la avenida en busca de la entrega semanal de *La vida maravillosa de los animales* en fascículos encuadernados. Agonizó tres días.

A veces recordaba haberlo visto morir, aunque es probable que la memoria confisque narraciones ajenas, pues es incierta mi presencia en el momento del accidente fatal. El niño creyó simplemente que Sitnorb había desaparecido. Y lo que desaparece, por lógica, está en otro lugar. Había que buscar a Sitnorb como a cualquier otra de las cosas que se pierden.

Esa convicción me llevó a inspeccionar detalla-

damente los edificios centrales de Omorca. Descubrí que no sólo mi piso, sino todos, contaban con esa puerta estrecha abierta hacia los pasillos, galería habitualmente sellada para uso de las sirvientas y de los teporochos, pasadizo que conducía igualmente a la azotea, la calle y los sótanos.

Semejante ampliación del universo me abrumó. Pero no podía desistir. El nuevo mapa habría de ser tan preciso como para conducirme hacia el acróbata Sitnorb. Íntima y secreta, la cartografía de Omorca permanecería lejos de esas manos nefastas que gustan de deshilar las conspiraciones. El niño ignoraba que otra conjura estaba fraguándose mientras buscaba la senda de los espíritus. ◀

## CENTRO DE CARACAS

LUIS IGNACIO HELGUERA

En el centro habitan siempre los personajes más marginales.

Un viejo tenor canta, engomado y engolado, arias italianas. Una doña que va con el río de gente, en falda y tenis, interpreta chillidos en su flauta de dedos y alientos: "¡Ay mamá! ¡Ay papá! ¡No me pegues mamá! ¡No me pegues papá!" Un anciano alfeñique carga sobre su cabeza un mundo de periódicos al grito pueril de: "¡El-Mun-do! ¡El-Mun-do!"

En el centro lo estrafalario anda con naturalidad; lo natural es estrafalario. La realidad es milagrería, circo sobre ruedas: niños que nacen viejos, viejos que se han vuelto niños. El vaivén de las caderas caraqueñas compone fantasmas melancólicas. Y toman cuerpo las tarjetas de lotería.

El viejo tenor sueña, al cantar, que debuta en el Teresa Carreño. La mujer loro, que acapara oídos y risas, no lleva vasito para limosnas: fantasmas del arte por el arte. El anciano vendedor de *El Mundo* es la parodia más prosaica e inquietante del Atlas.

Como en un corazón enfermo y resistente, late y se alborota la vida en el centro, ebria y arrítmica, enrarecida y generosa.